

**EL AZAR
DESDE
ESTA
ALTURA**

para Anita

El azar desde esta altura

Natxo Medina

“Perdone, señor agente”, se escuchó decir. “¿Perdone?¿Señor agente?”, pensó al momento siguiente. “Aparta de mi vista, maldita escoria, esclavo del poder, mercenario asqueroso, zampabollos chaquetero rata de cloaca, querrás decir”. Pero no. Nada de eso. Nada de insultos incendiarios ni de algaradas punk. Lo que salió de su boca fue algo completamente distinto, palabras que no se hubiera imaginado nunca diciendo, dado que siempre andaba por ahí alardeando de odio hacia los uniformes. Pronunciadas además en un tono digno de cualquier damisela en apuros de telenovela, de Olivertwist pillado con las manos en la masa, llevándose un buen puñado de caramelos a los carrillos, con la mano en la cartera de un señor burgués. “Perdone, señor agente. Hay que ver, Laszlo, qué bajo has caído. Achantarte así delante de un poli. Con lo que tú has sido”. ¿Con lo que tú has sido?¿Lo que has sido cuándo, buen hombre? Pero esa sería otra historia, que ahora mismo no nos interesa. Ahora mismo, lo que toca es centrarse.

En las noticias, cuando algún testigo de un crimen (o el típico vecino despistado) habla a cámara, suele afirmar dos cosas, o una u otra. O bien asegura, siempre un poco más sorprendido de la cuenta, que “era un hombre de lo más normal”, o bien echa mano de un aturdido “casi no nos dimos cuenta, todo fue muy rápido”. Por lo general, vecinos o vecinas, peatones o curiosos, siempre dan la impresión de estar mintiendo, al menos un poquito. En el caso de Laszlo, quien, llegado el momento, echará a menudo mano de la segunda frase hecha a la hora de explicar lo sucedido aquella mañana, la sorpresa y la desorientación serán sin embargo del todo verdaderas. En el futuro intentará una y otra vez reconstruir algo parecido a una lógica causa consecuencia, un relato fiel de la cadena de acontecimientos,, y aunque se esforzará durante semanas, todo parecerá siempre resbalar, acelerarse, descomponerse en formas y tiempos quebrados, más bien en luces, sonidos y palabras deshilvanadas, como niebla o puré de champiñones.

Recordaba, eso sí, que tenía mucha prisa. Las ruedas de su bicicleta nueva prácticamente quemaban el asfalto. ¿Qué tenía que hacer?¿A dónde iba?¿Y por qué llegaba tan tarde?

Respuesta: tenía una entrevista de trabajo y se había dormido.

En una de esas carambolas vitales a las que era tan aficionado, la noche anterior había salido con unos amigos y se habían dedicado a brindar a lo largo de una serie interminable de bares por su buena suerte, porque “seguro que te van a dar el curro”, “porque es un muchacho excelente”, etc. Tanto debieron brindar que aunque su despertador hubiera sido una combinación del Orfeón Donostiarra y la explosión de las Torres Gemelas, seguramente lo hubiera ignorado. Aunque hubiera tenido una reunión de urgencia con el Primer Ministro o con el Papa, daba lo mismo. Aunque su misión hubiera sido detener al villano de turno antes de que hiciera lo que supone que hacen los villanos (destruir/dominar/atemorizar el mundo), aunque la ciudad dependiera de él para frenar un ataque nuclear, se habría dado la vuelta en la cama, los sesos todavía tan bañados por el alcohol que se habrían podido preparar en un guiso, y habría seguido durmiendo. Por suerte, seguramente ninguna de aquellas opciones era real. La ciudad seguía en pie, con sus problemas pero en pie, y no había recibido ninguna llamada de la oficina de prensa del Vaticano.

Pero aquella entrevista, después de meses en paro, sí era real.

Cuando finalmente abrió los ojos y miró la hora, el recuerdo de sus deberes, mezclado con imágenes salvajes de la noche anterior, le cayó encima como un yunque envuelto en llamas.

El vivir en el extrarradio dificultaba bastante las cosas, pero no podía permitirse no intentar al menos llegar al lugar de la cita. Así que con la adrenalina bombeando salvaje en la sienes bajó a la calle, se metió en el metro de cabeza, la bici cargada sobre los hombros como un sherpa chutado de speed (una bici vieja, de hermoso color plateado, que había comprado muy barata unos días antes y que tenía toda la pinta de ser robada) y se dirigió al centro de la ciudad llegando bastante rápido, lo cual resultó casi milagroso teniendo en cuenta lo mal que funcionaba todo lo público en aquellos días.

Salió a la calle, el sol le dio un bofetón a mano abierta en plena cara, y se subió a la bici. Segundos después iba pedaleando como nadie ha pedaleado nunca, rezando por que la cadena no decidiese, en el momento más inoportuno, salirse del plato y mandarle por la vía rápida a estamparse de cabeza en un alcorque.

Y de pronto el cruce.

De pronto ese bulto, esa mancha amarillo fosforito, que se le viene encima. O mejor dicho, sobre la que él se abalanza, ruedas furiosas por delante.

Ese procesar la información un segundo más tarde de lo que hubiera sido conveniente.

Y las manos en los frenos, y un derrape que hubiera sido providencial de no haberse producido prácticamente encima de la persona a la que se trataba de no atropellar.

Y por último, pero no por ello menos importante, ese caer encima de un Guardia Urbano, que en aquel momento, tal y como entendió unos segundos después, mientras se levantaba trabajosamente y un alto porcentaje de personas alrededor (sobre todo turistas y trabajadores, las especies que dominaban en el ecosistema central de la ciudad) le miraba como si hubiera devorado a una ancianita, trataba de regular el tráfico rodado con más afán que éxito, por lo que se vio.

Un minuto después, dolorido y con la cabeza en modo tiovivo, se encontró pidiéndole disculpas al guardia en cuestión, que resultó ser un hombretón, grande *per se* y en pleno proceso de expansión, como cualquier cadena potente de supermercados. Por la barba entrecana de tres días, esa incipiente (pero ya perfectamente reconocible) barriga que su abrigo dejaba intuir, las ojeras y la mirada entre rabiosa y resignada que dominaba su expresión, Laszlo dedujo rápidamente que el señor guardia, al que ahora parecía guardar tanto respeto, debía de rondar los treinta y largos. Lo miraba con cautela, a medio ojo, esperando su reacción mientras se sacudía el polvo de los pantalones y la chaqueta, y hacía recuento de los raspones que la acera había provocado en su ropa. Mientras hacía todo esto no paraba de farfullar, de soltar una riada informe de juramentos, que a Laszlo le recordaron a aquellos bocadillos de los cómics llenos de calaveras, garabatos y signos de exclamación que nunca simbolizaban nada bueno. Finalmente se volvió hacia él.

- ¿Te parecerá bonito ir así por la calle? ¿estás tonto o qué? ¡No eres un maldito mensajero! Qué pasa, que te espera la novia o algo ¿Y qué si te llevas por delante a una vieja? ¿O a un niño subnormal? ¿o a un paralítico? Se te cae el pelo, eso es lo que te pasa. Más todavía, quiero decir. Mira, casi has tenido suerte, pillándome a mí. No me mires con esa cara, chaval. Te puedo mandar al calabozo por esto. O mejor, te puedo meter tantas multas que podrías estar pagándolas hasta el día en que te mueras- dicho esto, sacó una libreta de uno de los múltiples bolsillos de su abrigo, dispuesto a cumplir su amenaza-. Y

que la paguen tus hijos, y los hijos de tus hijos- se detuvo un momento, boli en ristre, la punta ya apoyada en la página-. ¿Qué, no dices nada?

Y entonces a Laszlo le sobrevino la vergüenza y la imagen de su madre, que siempre andaba tan preocupada por su futuro laboral, se superpuso a la del policía y quiso hacerse pequeño de pronto, de tamaño y edad, tratar de no ser visto. Como el niño que se tapa los ojos y se encoge sobre sí mismo y pretende que nadie puede verle aunque esté en el centro de la habitación, a plena luz del día. Porque sabía que había cometido varias infracciones (pedalear como un loco por la acera, llevarse por delante a un peatón que resultó ser un policía), y que no había manera de zafarse, y que le iba a caer una buena. Pero aún así, una parte de su ser se decía: “a lo mejor si dices las palabras correctas puedes salvar el culo. A lo mejor si pones tu mejor cara de chaval flojucho, de alfeñique inocente, de no haber roto nunca un plato, el señor guardia se apiada de ti”. Pero no. La cara de Laszlo se resistía a abandonar la mueca en la que se había convertido, congelada en un rictus de impotencia y miedo y confusión, más o menos la cara que debía de tener cuando intentaba ligar en los bares. Empezó a balbucear, lo cual sólo pareció poner más nervioso al policía, que golpeteaba con la punta del bolígrafo sobre la libreta. “Yo... yo...”, empezó a decir. “Tú ¿qué?” y lo único que pudo hacer él, Laszlo el enemigo de la autoridad, cocktail molotov con vaqueros y gafas de sol, fue casi susurrar, con voz quebradiza y poniéndose muy rojo al mismo tiempo, una disculpa.

La conversación que en ese mismo instante ocupaba a Sandra tenía lugar en el otro extremo de la ciudad, pero compartía ciertos puntos con aquella. Entre ellos el hecho de involucrar a dos personas y de que una de las dos estuviera muy enfadada con la otra. De pie cerca de una parada de autobús, cruzada de brazos y ceño fruncido, dejaba hablar a un tipo larguirucho, de unos treinta y pocos, mal afeitado y tocado con un gorrito ridículo que llevaba estampado el dibujo de un pretzel en la parte frontal. El carrito que le acompañaba desprendía una especie de vapor dulzón, y también estaba decorado con el mismo dibujo, aunque en versión XL. “Señorita, yo vendo panecillos, eso es lo que hago, no quería molestarla, pero... No sé cómo explicarle, esto de los gritos viene con el puesto, ¿me entiende?”, decía él, visiblemente apurado. Su acento era forastero, pero ningún lingüista podría haber adivinado exactamente de dónde provenía. Por su aspecto, delgado, hirsuto de brazos y rostro, nariz potente, piel ligeramente aceitunada, podría haber llegado de casi cualquier parte, incluso del espacio exterior. Sandra, golpeteando la acera nerviosa con la punta del pie, le contestó “Ya, si eso yo lo entiendo, pero ¿No tienes otro sitio donde irte a gritar que en mi oreja?”, a lo que el hombre, que parecía deseoso de acabar con aquella conversación y dedicarse a seguir vendiendo su mercancía, y por ello no paraba de mirar alrededor y soltar algún que otro “¡Pretzels!; Ricos pretzels!”, repuso: “Señorita, esta es mi zona de venta, y mi trabajo consiste en vender lo que llevo en el carrito. Y para eso hay que gritar, señorita. Tengo que asegurarme unos clientes, y la gente va por ahí a sus cosas y no se entera de nada. Así me lo enseñaron, señorita”. Esto último lo soltó con un punto de orgullo, hinchándose ligeramente. Después, al ver que la chica, no demasiado alta, pero con unos ojos marrones tan penetrantes que parecían imposibles de evitar, seguía mirándole con la misma expresión y el mismo fruncimiento labial, y que incluso había levantado una ceja después de aquella muestra de extraño orgullo panadero, un tanto ridícula para un hombre adulto, continuó: “Mire, siento haberla molestado, ya se lo he dicho. Pero no puedo hacer otra cosa ¿Quiere un pretzel? va de la casa. Tenemos tres variedades, y

salsas”, le dirigió una sonrisilla nerviosa mientras echaba mano a una de las múltiples tapas del carrito y destapaba una abertura de la que salió una vaharada de aromas agridulces. La expresión de Sandra pasó entonces a ser de curiosidad contrariada, sobre todo porque los olores que despedía aquel invento que tenía delante le inspiraban tan poca confianza como las rayas del delantal del vendedor, que en ese momento ya tendía hacia ella uno de esos extraños bollos salados con forma de ocho. Sandra declinó la invitación con un gesto vago de la mano. La furia que sentía hacia él iba disipándose, pero todavía no pensaba dar su brazo a torcer del todo ni a aceptar sus disculpas tan fácilmente.

Recapitulando a cámara rápida, se iba poco a poco percatando de que en realidad gran parte de la culpa la tuvo ella por haberse situado sin darse cuenta al lado de aquel tipejo (que en realidad no lo era tanto, si una podía ver más allá del uniforme), exponiéndose así a un buen susto potencial. Peligros de esperar al autobús en la gran ciudad. Malditos los cerdos que le habían robado la bicicleta y que en esos momentos seguramente estarían vendiéndola por cuatro miserables duros a un cualquiera.

Volvió a refunfuñar, esta vez por dentro.

Acto seguido, cruzándose de brazos de nuevo, aunque relajando un tanto la expresión del rostro, preguntó, con una ligera elevación de barbilla: “¿Y desde cuándo hay carritos de estos por la calle? ¿De dónde has salido tú, del Bronx?”. El hombre, ya ignorándola visiblemente airado le respondió, muy digno, “Yo, señorita, he venido de mi casa. Y he venido a vender pretzels a esta zona. Si no quiere uno, yo ya me he disculpado, así que le rogaría que me dejase hacer mi trabajo en paz”, y continuó con su griterío y su despacho de bollos. Como buen espécimen de la periferia urbana que era, odiaba quedarse con la palabra en la boca, y no ser quien cerrase la discusión. Se dio cuenta, sin embargo, de que realmente no tenía nada que decir. Así que, a falta de bombas de humo u otros artilugios para desaparecer (se los había dejado en los otros pantalones), fue retrocediendo muy poco a poco, dedicando alguna que otra mirada de enemistad al vendedor, que continuaba su trabajo con una dedicación digna de un soldado del Ejército Rojo, como si la hubiera borrado por completo de su rango de atención. Sintiendo una ligera punzada en el orgullo, se dio la vuelta y echó a andar hacia la boca del metro más cercana. No pensaba quedarse allí al lado de aquel hombre gritón y sus malolientes pedazos de pan mientras el autobús llegaba.

No había dado ni diez pasos cuando escuchó de nuevo aquella voz a su espalda. “¡Señorita, señorita!”, decía. Le costó un par de segundos darse cuenta de que se dirigía a ella, y un par de segundos más darse la vuelta, señalarse el esternón en un reconocible gesto de “¿es a mí?” y mirarle con las cejas levantadas. El hombre le hacía señas para que se acercara. Y así lo hizo, no sin antes mirar a izquierda y derecha como si estuviera a punto de cruzar una autopista. La curiosidad, o la posibilidad de seguir un poco la gresca, fueron superiores a la prisa que empezaba ya a tener, según le indicaba su reloj. Le importaba bien poco la reunión a la que tenía que asistir, pero odiaba ser impuntual, sobre todo porque en los últimos tiempos, por una razón u otra, siempre lo acababa siendo.

“¿Qué pasa?”, preguntó ella, sin enfado ya, los ojos abiertos y una especie de sonrisa nerviosa formándose en algún lugar indeterminado de su estómago. “Mira, he sido bastante grosero contigo”. Tuteándole ahora, le habló en un tono bajo y sosegado, con una voz que parecía distinta a la que había estado usando previamente. De pronto había en ella una complicidad, una invitación, un vislumbre a través de una puerta a medio abrir. Sin darse cuenta, Sandra se acercó más a él. Los ojos del molesto vendedor

eran ahora oscuros y magnéticos, mineral extraído de lugares profundos que apenas han visto la luz. Quien unos segundos atrás le pareció huesudo y repugnante, de pronto resultaba cercano, o al menos simpático, pese a que la nariz prominente y ganchuda, la nuez de tamaño exagerado y las articulaciones algo desproporcionadas seguían ahí. Pero esos ojos... “No... no te preocupes”, musitó Sandra sintiéndose invadida por un vértigo difuso, a través de cuyo filtro ni siquiera el nauseabundo olor de los panecillos cocidos le parecía tan desagradable. “¿Qué me está haciendo este tío?”, se preguntó. “No me gusta tratar así a la gente, querría compensarte de alguna manera...”. La cara de Sandra a estas alturas era un soneto sin pies ni cabeza y la sensación de estar de pronto subida a un escenario de teatro empezaba a apoderarse de ella. El vendedor se quitó el gorrito y los colores alrededor cambiaron, su figura se iluminó, pareció absorber la mayor parte de la luz del día, arropada por un foco invisible. Los sonidos de la calle parecían llegar de muy lejos, amortiguados por andamios, paredes y puertas que alguien hubiera levantado de pronto. Con un leve movimiento de cabeza, le indicó que le siguiera hasta un banco cercano, y en él se sentaron.

“No siempre he sido vendedor de pretzels, ¿sabes?”, fue lo primero que dijo una vez se pusieron cómodos en el banco, usando el inequívoco tono de quien está a punto de empezar a contar una historia, sea real o ficticia (si es que esa diferencia en realidad existe). Dicho esto, sacó una pitillera plateada de un bolsillo y de ella un cigarro, que dejó colgando de los labios. En la tapa de la pitillera, algo parecido a una sardina grabada en finas líneas de plata. Aquello empezaba a parecer una broma. El hombre, sin embargo, no daba la impresión de bromear. Parecía, eso sí, haberse olvidado por completo de su carrito, que escasos minutos antes era lo único que existía para él en el mundo. Sandra miraba alternativamente a uno y al otro, tratando de averiguar si es que todo aquello era parte de uno de esos programas de cámara oculta que le ponían tan nerviosa, pero al mismo tiempo, poco a poco se alejaba de todo lo que no fueran aquellos ojos y su voz, que parecía estar hecha de una combinación alquímica de terciopelo, fuego y leyendas antiguas.

- ¿No?

- No. Mi familia viene de Centro Europa -dijo esto y se detuvo, encendiendo el cigarrillo con lo que parecieron los dedos desnudos. Sandra se dijo que simplemente había encendido la cerilla muy rápido. No era de fácil impresionar, pero aún así, estaba un tanto impresionada-. Soy el último de una larga tradición de magos.

- Venga ya.

- Ivo Lûdicz, a su servicio. Soy hijo del gran Pavel Lûdicz.

- Claro, claro, y yo soy nieta de Merlín el Encantador- y soltó un bufido, no muy convincente en realidad. Su incredulidad no parecía demasiado sólida-. Así que Centro Europa... ¿Y tu acento?

- ¿Qué tiene que ver mi acento con nada?

- Pues que si realmente eres checo...

- No te he dicho que lo sea. Coge una carta.

- ¿De dónde has...?

- Coge una carta.

- ...

- Eso es. Guardala, no me digas cuál es.

- Oye, aquí no hay nada. Está en blanc...

- ¿Estás segura?

- Pero... ¿Qué?- se quedó tan de piedra que para sacarle sangre antes le hubieran tenido que meter en un microondas, modo descongelar. El naipe que escogió no mostraba dibujo alguno en el anverso, sólo el típico arabesco floreado rojo y blanco en la parte trasera, igual para todos los de la baraja. Cuando se dio cuenta, quiso quejarse y miró un segundo al hombre pretzel-mago de extraño nombre. Al posar de nuevo los ojos sobre la carta, su propio rostro apareció sobre la superficie blanca. Un retrato de Sandra extrañamente nítido, dibujado en negro por una plumilla invisible, había brotado de la nada, exquisito y lleno de detalles. De alguna manera, el dibujo parecía más real que la propia Sandra, aunque ella sabía (o creía saber) que tal cosa no era posible. La sensación de ser un personaje creado por otros le provocó un mareo. Por un segundo se le llegó a nublar la vista, incluso. En el fondo de aquella oscuridad repentina, le pareció distinguir un par o tres de plumas blancas, largas como la cola de un zorro polar.

- Mire, señor agente, tengo mucha prisa. Voy a una...

- Me da igual a dónde vayas, hasta que no te tome declaración y rellene el atestado y te revise la bici (con el choque, la luz delantera se había roto y algún que otro radio se había salido de su sitio) aquí nadie se va a ninguna parte- “¿Todo eso?¿En serio?¿Y por qué no te pones a hacer la declaración de la renta también, so zoquete?”, pensaba Laszlo mientras tanto-

- Pero tengo una entrevista de...

- ¿De qué? ¿De trabajo?

- Sí.

- ¿A qué te dedicas?- preguntó sin disimular su desdén lo más mínimo, como si le fuera imposible pensar que Laszlo pudiera estar relacionado con ninguna actividad respetable.

“Venga Laszlo, no dejes que te pise este batracio.”

- Soy...

- No tienes mucha pinta de hacer nada de provecho- la mirada que le dedicó le recorrió el cuerpo entero de pies a cabeza como un escáner de humillación. Esa mirada, unida al dolor de cabeza, el mareo, y la mala leche que la resaca despertaba en él, fueron un cóctel demasiado fuerte para Laszlo. Quería contestarle duro, soltarle algún insulto ingenioso, dejarle por los suelos. En cambio, de nuevo se traicionó a sí mismo, y se escuchó dejando escapar un “¿Por qué me tratas así?” en un tono bastante lastimoso. La parte de sí mismo que sólo quería dormir, olvidarse del mundo, de la entrevista de trabajo, de la bici rota, del policía con olor a enfado constante, crecía y crecía. Se sentía desfallecido, pero no podía dejarse humillar por aquel tipo.

- ¿Cómo has dicho?- preguntó acercándose un par de pasos a Laszlo. La pregunta tenía toda la pinta de ser pura retórica.

- Que no tienes por qué tratarme así...- dijo Laszlo bajando el tono un par de decibelios y mirando a su propio hombro como si tuviera algún tipo de interés.

- Así ¿cómo?

- Así, como si fuera un animal- soltó, más firme, alzando la vista. Se miraron a los ojos unos segundos, en silencio. Laszlo pudo ver cómo la expresión del tipo se relajaba un tanto, o al menos pasaba del estado Perro Rabioso a modo (casi) humano. Soltó aire por la nariz, apartándose-.

- Mira, chaval...- hizo una pausa, recapitulando mentalmente- Ibas con la bici por la acera, lo que es ilegal. Por no hablar del olor a alcohol. Te me has tirado encima, me has estropeado el uniforme y lo peor de todo es que casi nos matamos los dos... Y no son ni las once de la mañana. No sé cómo quieres que te trate.

- Yo lo único que te pido es que me dejes marchar ya, por favor, mándame a casa todas las multas que quieras (mientras decía esto hizo un cálculo mental de sus mermadas finanzas y se le erizaron los pelillos de la nuca), pero déjame ir, que todavía estoy a tiempo de llegar a esa entrevista, por favor, es importante.

El policía le miró de nuevo de arriba abajo, pero esta vez su mirada era distinta, se había ablandado un poco, ya no había en ella tanto desprecio. Además de mostrar algo de compasión hacia Laszlo, parecía incluso que lo que estaba viendo le divertía un poco. De alguna manera, pareció VERLE por primera vez.

- ¿Realmente crees que estás en condiciones?

Y en ese momento, la ciudad se detuvo, a su alrededor el tiempo fluyó lento como miel de romero. Por primera vez desde que hubo saltado de la cama y salido de su casa a medio vestir como alma que lleva el diablo, tomó conciencia de su verdadera situación. De la ropa sucia y los pantalones medio rajados por la caída. De sus manos rozadas y amoratadas después de haber frenado su cuerpo al impactar contra el asfalto. De las patillas torcidas y el cristal roto de sus gafas de sol. De su pelo sucio y la sensación de haberse tragado un cenicero alojada en el fondo de la boca. De que estaba hecho un desastre, en definitiva.

Bajó la cabeza al tiempo que negaba y se llevaba una mano a los ojos, en el gesto universal de "pero qué haces con tu vida, colega". Su madre le vino a la cabeza de nuevo y tuvo casi ganas de llorar.

- Anda, vente, estaba a punto de hacer un descanso. Te invito a un café.

- ...

- Va, no pongas esa cara. Ven conmigo y ya me das los datos luego. Te vendrá bien tomar algo. Bonita bici, por cierto, se parece a una que tiene mi hermana.

- ¿Estás bien? Te has puesto muy pálida.

- Sí.. Sí, estoy bien. Creo.

- Ese era sólo un pequeño truco de cartas- dijo como si tal cosa, con el cigarrillo humeante todavía colgando de la boca, danzando arriba y abajo conforme hablaba, mientras recogía la baraja con un solo movimiento maestro-. Sabemos más, mucho más.

- ¿Quién?

- Mi padre y yo. Él me enseñó. Durante un tiempo fuimos los magos más célebres de los Balcanes. La gente, familias enteras, recorrían kilómetros para vernos. Bueno, yo era sólo su ayudante porque todavía era muy joven.

- ¿Qué... Qué pasó?- preguntó ella, tratando de recomponer el gesto.

- Pues no sé, la vida... Mi padre llevaba un tiempo bastante harto de dar tumbos por ahí. Se puso enfermo y decidió que quería vivir en un clima cálido. Los inviernos en aquellas tierras son bastante malos de llevar. Él quería retirarse y me dijo que ya era hora de que me buscara un trabajo de verdad, que esa no era forma de vivir. Yo, por no llevarle la contraria, y por no darle un disgusto a mi madre, me monté mi negocio de pretzels pero en realidad...- acercó su rostro al de Sandra, con media sonrisilla traviesa en los labios- nunca he dejado de hacer MAGIA.

Ivo señaló hacia su carrito con un gesto distraído, sin apartar la vista de los gestos y la reacción de Sandra, que no se hizo esperar cuando vio que el mago estaba a la vez con ella y despachando mercancía, con el delantal y el gorrito puestos. Miraba a un lado y a otro, sus ojos tratando de seguir una frenética partida de ping-pong, incapaces de dar crédito a lo que veían. Y lo que veían eran dos copias exactas de una misma persona, idéntica en cada detalle. Una a su lado, sentada en el banco, fumando. Otra a unos metros, en el punto exacto en el que se habían encontrado ¿Cuál era la lógica detrás de aquello? ¿Estaría soñando? ¿Se había dado un golpe en la cabeza en algún momento? ¿O realmente le estaban gastando una broma? ¿Le habría drogado aquel tipo sin que se diera cuenta? ¿Era aquello realmente magia? Porque si lo era, le estaba dando náuseas.

- Es bastante práctico para este tipo de cosas. Lo de ser mago, digo. Puedes estar trabajando y no trabajando a la vez ¿Qué te parece?

- Muy... ¿bien?-balbuceó ella sin poder apartar los ojos de la réplica exacta de Ivo que repartía pretzels con la alegría del panadero vocacional-. Supongo... Oye ¿qué está...?.

El hombre chasqueó los dedos ante sus ojos para volver a captar su atención.

- No le des muchas vueltas Sandra, si supieras el truco perdería la gracia.

No le sorprendió que el mago, quien tal vez sólo fuera producto de una digestión pesada, o de haberse quedado dormida en el metro, supiera su nombre. Le resultó previsible incluso, uno de esos diálogos de película de domingo por la tarde, en la que la heroína de pronto descubre que el nuevo jardinero en realidad es el fantasma reencarnado de su gran amor, muerto en extrañas circunstancias en medio de una tormenta de nieve en los Urales.

Aquello era ridículo.

Así que le hizo caso, dejó de resistirse, a pesar de que su cerebro andaba procesando información a una velocidad endiablada, como un tren sin frenos, y se acomodó en el banco. Con un profundo suspiro, decidió seguirle el juego a Ivo, si es que aquel era su verdadero nombre. Tenía que recomponerse, no iba a dejarse engañar por un hechicero de feria cualquiera, por muy impresionantes que fueran sus trucos. Seguro que había alguna explicación. Aún así, por mucho escepticismo que tratase de acumular, la verdad era que había olvidado por completo aquella reunión que en aquel momento estaba a punto de empezar sin ella.

- Quiero que me pidas algo- continuó Ivo-.

- ¿El qué?

- Lo que te apetezca. Prueba suerte

- ¿Qué eres, el genio de la lámpara? - Ivo soltó una risa que recordaba vagamente a un cloqueo ronco. Al reír, la nuez le bailaba en el cuello como un yoyó.

- Nada de genios. Pero tengo habilidades. Ya que no quieres Pretzels, puedo tratar de ofrecerte alguna otra cosa que te guste.

- ¿Cómo qué?- preguntó Sandra, con una especie de desconfianza burlona, frunciendo el ceño.

- Eso me lo tienes que decir tú.

- Tú no estarás tratando de ligar conmigo- soltó ella de pronto, como el detective que lanza una hipótesis al aire.

- ¿Cómo?

- Porque no te va a funcionar ni de coña - y con el dedo índice estirado iba marcando un “no no no” bastante convincente, lo que se conoce como “negación digital estilo Harlem”.

- No quiero ligar contigo, tranquila- respondió Ivo con un brillo de diversión en los ojos, como si la sola posibilidad de imaginarlo le resultase cómica.

- Vale, solo quería dejarlo claro.

Hubo una pausa. Ambos miraban al frente. Ivo daba largas caladas a un cigarrillo que parecía infinito.

- Aunque...- volvió él, y seguía con la mirada puesta a lo lejos, dejando caer las palabras- Si quisiera hacerlo, lo haría, y no tendrías manera de escapar..

- Venga ya ¿no?- preguntó entonces Sandra, enarcando la ceja y soltando una risotada que no podía acabar de esconder un breve encogimiento del estómago ¿y si aquel fantasma tenía razón?

- No- respondió Ivo, ya mirándole de nuevo, con toda la calma del mundo, apagando por fin el cigarro con uno de sus grandes pies.

Sandra dedicó una nueva mirada panorámica a la compleja y alargada anatomía del hombre. A los huesos que sobresalían aquí y allá como restos de animales antiguos. A su piel cetrina y su nariz de mercader. A sus ropajes ridículos y a su manera inquietante de fumar. Y no pudo imaginar un universo en el que Ivo pudiera resultarle atractivo. Pero después sus miradas volvieron a cruzarse, y por un segundo se vio otra vez atraída al vórtice magnético que aquellos ojos parecían crear. Tragó saliva sin apenas darse cuenta.

- Como mago, domino varias disciplinas, pero sobre todo soy especialista en una.

- A ver, sorpréndeme.

- Soy un gran hipnotizador.

- Acabáramos- Sandra elevó un tanto el tono de su voz a la vez que se palmeaba el muslo con la mano derecha. Esas cuatro últimas palabras le recordaron a noches de verbena en pueblos viejos, a freak shows de ferias a las que nunca asistió, a películas en blanco y negro, ojos superpuestos a castillos encantados, turbantes tocados con falsas piedras preciosas y tónicos capilares, teléfonos sonando de madrugada y gente que confía en vendehumos. Aquellas cuatro palabras la sacaron un poco de su ensimismamiento y le permitieron recelar de nuevo.

- Te ríes- prosiguió sin embargo Ivo, serio y seco.

- Sí, claro.

- Después de lo que has visto...

- A ver, tengo que reconocer que todo esto de las cartas y lo de la teletransportación y tal...

- Ubicuidad.

- ¿Qué?

- Se llama ubicuidad. Estar en varios sitios a la vez. Como Dios- afirmaba todo esto sin gravedad alguna, como simples hechos cotidianos, aunque ya hosco, sin sonreír ni una pizca.

- Muy bien muy bien. Que digo que todo esto está fetén, fantástico, admirable, en serio. No sé qué clase de droga le pones a esos bollos, pero sea la que sea mola un montón. Deberías pasar de vender pretzels y dedicarte a traficar. Pero soy una persona ocupada. No tengo tiempo para hipnotizadores y adivinos.

- Eh, un respeto. A ver qué te has creído- la expresión de Ivo cambió radicalmente en un momento. Si durante toda la conversación había mantenido el buen humor y una ligera actitud de superioridad, al escuchar la palabra "adivino", la estupefacción y el enfado barrieron su rostro como oleaje atlántico.

- Ivo, he pasado un buen rato, gracias por el esfuerzo, en serio, voy a estar alucinando días y días, pero ahora tengo prisa. Me voy a ir- y diciendo esto, recogió del suelo la mochila que había dejado a un lado y se dispuso a levantarse.

- Escucha, niña- le retuvo Ivo, tajante, el timbre de voz rebajado una octava-, no me hace ninguna gracia que te rías de mí como si fuera un feriante cualquiera. Te estoy ofreciendo la oportunidad de experimentar algo único. Algo por lo que la gente pagaba fortunas en su tiempo.

- A mí lo de la hipnosis me suena a cuento chi...

Ivo entrecerró los ojos. Medio segundo antes de que Sandra acabara la frase, había vuelto a chasquear los dedos. En algún rincón de la ciudad, cientos de ratas murieron y unas pocas chispas empezaron un incendio. El mundo se hizo nada. Cesó el ruido.

Sandra se sumió en la oscuridad definitivamente.

Hagamos ahora un pequeño salto en el Espacio-Tiempo. Han pasado unas horas desde la última vez que vimos a Laszlo. En este preciso instante lo encontramos esperando al ascensor, recién llegado a su portal, exhausto y sucio. Magullado y con la mirada nebulosa después de un largo vagar. Ya lo habíamos dejado en un estado bastante lamentable, acompañado de un policía que primero quiso empapelarle hasta la tráquea, y después se apiadó de él hasta tal punto que le invitó a tomar algo que le despejase (tan mal le vio). "Al fin y al cabo, parece que los polis también son humanos", se dijo Laszlo entonces, y se preguntó si la espantosa resaca que tenía encima tendría que ver con estar formulando ese tipo de sentencias que en otro momento ni se le hubieran pasado por la cabeza. Se preguntó si entrar en razonamientos como aquel no sería un indicio de lo que algunos llamaban "madurar", ese verbo que podría entrar de cabeza en el top ten de "verbos que todo el mundo utiliza sin saber muy bien por qué".

El policía le llevó directo a un snack bar cercano, oscuro y bastante sucio (el olor del local indicaba que seguramente su cocina se saltara unas cuantas regulaciones sanitarias y que seguro la tortilla de patatas estaba que-lo-flipas), y se sentaron a la barra. El policía saludó al que parecía el dueño (un señor de barriga prominente que recordaba una morsa varada tras la barra) con familiaridad, y se acodó sobre el mostrador de aluminio. Pidió un café americano "bien cargado y bien caliente" y un carajillo de ron "con buena sustancia", se frotó las manos con energía, espantando un frío inexistente, y se giró hacia Laszlo, que se había dejado caer sobre el taburete a su lado como un fardo olvidado. "Me llamó Nino", se presentó,

acercándole una de esas poderosas manos frotantes, de dorso peludo. Al cabo de unos minutos se harían amigos del alma (o algo así), mediante esa cercanía mágica y universal que proporcionan las barras de bar con alcohol a buen precio.

Pero volvamos al ahora, a nuestro presente inmediato. Volvamos a Laszlo, ojos claros, pelo rubio, cara de ultratumba (su piel, ya pálida *per se*, parecía hecha de yeso) y ojeras profundas, mirándose al espejo del ascensor, bajo un fluorescente crudo como el sushi que cae sobre él sin piedad y le hace parecer un sospechoso reincidente. Cansado como no recuerda haberlo estado en meses y deseando darse una ducha y olvidar el día. Ha estado deambulando por la ciudad rehuendo todas sus responsabilidades, pensando cómo explicar el no haber ido a la entrevista y el estar desaparecido todo el día deambulando sin rumbo por la calle, como en realidad tanto le gusta hacer, hasta que la tarde se le ha echado encima.

Ha deambulado por barrios de pisos caros a los que nunca podrá acceder. Las fachadas brillantes expuestas a los ojos del común de los mortales, innacesibles más allá, interiores urbanos como nueva idea de fortaleza medieval. El dinero como llave a los lugares secretos del mundo.

La suela de sus zapatillas viejas golpeteando las aceras, el sol reflejado en gafas de sol ajenas y clónicas, repetidas en su ciudad (¿su ciudad? ¿son de alguien las ciudades?) como en tantas otras, las plazas del centro tomadas por registros numéricos en forma de persona, en forma de ropa barata cubriendo cuerpos extraños que comen helados en cualquier época del año.

Lleva la bicicleta a un lado, agarrando el manillar pero sin subirse a ella, sabiendo que los ciclistas son vistos muchas veces como terroristas o agente rojos infiltrados. Mucho mejor los coches con sus muertes y su rollito fálico-morbo, dónde va a parar. Su bicicleta, cualquier bicicleta, es para él ser ligero, reclamar un escaso espacio de libertad dentro de la trampa en la que las calles se han acabado convirtiendo, pero hoy no se siente con fuerzas de gritarle a nadie, ni de soportar el ser increpado por alguna señora con maquillaje fúnebre en la cara.

Laszlo camina y cavila, mira al suelo, mira los escaparates, el rock está de moda, el rock es una lata de galletas. Los pensamientos rebotan en su cabeza mientras los titulares de prensa en los kioscos se mezclan con una incesante procesión de anuncios ¿Qué va a ser del futuro si se erradica la idea de tiempo?

Las calles casi nunca tienen música, la que hay ha sido obligada a encajar en los estándares del índice Dow Jones, no vaya a ser. Y así pasa la tarde.

Y Laszlo llega a casa.

Justo cuando la puerta se cierra tras él, suena un móvil. Un móvil que no es el suyo, y que lleva un rato tratando de evitar. El móvil de Nino. El que ha dejado olvidado sobre la barra del bar. El que, después de cuatro insistentes llamadas de una tal Sandra, se plantea si descolgar o destruir.

El asunto transcurrió de la siguiente manera: Nino resultó ser un poeta.

No en el sentido metafórico de la palabra, un “hombre sensible” o “sabio en su rudeza callejera”, sino en el sentido de “quien escribe poemas esperando que alguien los lea”. Peor aún, en el sentido de “andaba que te va a leer sus poemas quieras o no porque se muere porque alguien le haga un poco de caso”. Nino le preguntó “¿A qué te dedicas?” y Laszlo, ingenuo él, le comentó que estaba intentando entrar en el mundo editorial. Que había escrito algunos cuentos y poemas, que le gustaría ser escritor. A Nino se le iluminó el rostro, los ojos de pronto convertidos en un mar de chiribitas. Laszlo pensó, mientras daba un

largo trago a su café y sentía cómo le calentaba por dentro, que parecía uno de esos perros de presa que de pronto ven una pelota con la que jugar y se convierten en un simple amasijo de nervios y baba descontrolada. La transfiguración fue completa, como tener delante a dos personas completamente distintas, aunque de algún modo superpuestas. “¿Sabes qué?”, preguntó, y le miraba de reojo con una sonrisa incontrolable a punto de escapársele del rostro. La cara de incompreensión de Laszlo era total. Nino se acercó a él y bajando el tono, como si estuviera a punto de revelar el secreto del mejor arroz del universo. “Yo también quería ser escritor” soltó con un suspiro, y recuperó su posición original, hundiendo la mirada en el pozo de ron con café que tenía entre las manos. “Sí. No te lo vas a creer”, continuó con una familiaridad que en realidad parecía indicar que le estaba hablando al mundo entero, no necesariamente a quien tenía al lado, “pero antes escribía mucho, hace años, antes de todo lo de ser policía”. Hubo entonces un silencio, que Laszlo se vio obligado a llenar dada la evidente expectación de Nino. Maldita educación, quién la inventaría. “¿Y qué pasó?”, se escuchó decir. Empezaba a tener la sospecha que durante la noche de borrachera, alguien le había cambiado el cerebro por una zapatilla vieja.

Y Nino se abrió como las compuertas de una presa: le contó su historia, sus viejos problemas con las mujeres, sus discusiones domésticas, las enfermedades crónicas de cada una de sus tías, los constantes enfados de su padre, las rígidas tradiciones familiares... El recuento de bajas no ayudó demasiado a que la cabeza de Laszlo dejara de girar como una lavadora en modo centrifugado. Nuestro amigo asentía sin demasiada convicción, tratando de no resultar descortés, mientras daba sorbos a su gran tazón de café, agarrándose a él como si fuera un bote salvavidas.

Y entonces llega el momento que más teme, el momento en el que Nino se viene arriba, seguramente inspirado por el ultracarajillo que bebe, y afirma: “de hecho, sigo escribiendo. A veces durante las patrullas se me ocurren versos y frases y las voy apuntando en el móvil”.

Laszlo observó los movimientos del policía con la expresión congelada en el rostro, mientras éste se llevaba la mano al bolsillo interior de su chaquetón, dispuesto a empuñar el arma del crimen. Sus adentros no paraban de repetir “noporfavornoporfavornoporfavor”. ¿Y si los escritos de Nino el Poeta eran una basura? ¿Qué cara pondría? ¿Como le decía a un poli al que acababa de atropellar que sus páginas sólo valían para envolver pescado? ¿Qué le pasa a la peña que no puede parar de mostrar sus miserias a la mínima que le dan la oportunidad? ¿No tienen vergüenza o qué? “No le vas a decir nada de eso, tontolaba, vas a poner buena cara y a usar un par de tópicos y puntopelota”. El teléfono ya estaba en la mano del policía, perfectamente visible.

Y en ese momento ¡BAM! la casualidad de nuevo, esta vez llegando a su rescate. Más de lo que puede imaginar entonces.

El walkie talkie que resuena como el crujir de una rama seca en la cintura de Nino, y una voz filtrada por la estática, que le llama desde la calle.

“Nino, Nino, ¿estás ahí? Cambio”.

Y Nino sí que estaba, claro que estaba, aunque en realidad por un momento se hubiera ido lejos, se hubiera olvidado de que seguía de servicio, abrumado durante un rato por su recuperada condición de escritor amateur (“de momento”, se decía muchas noches al irse a dormir, “de momento. Cualquiera día escribiré mi libro, y entonces ya veréis”). Y entonces chasqueó la lengua y contestó a su compañero.

Parecía urgente, discutieron un poco, Nino volvió a ser la persona ruda con la que Laszlo había chocado, los crujidos del walkie talkie llenaban el aire, el policía soltó un par de juramentos, dijo “cambio y corto”, dejó unas monedas sobre la barra, saltó del taburete y se dirigió hacia la salida. Parecía haberse olvidado completamente de Laszlo, quien observó toda la escena entre la sorpresa y el alivio. Nino se despidió del dueño-morsa con un gesto rápido y abandonó rápidamente el local. Laszlo pensó que tal vez el policía podría en efecto ser un buen escritor: al menos el carácter excéntrico, el despiste y los cambios de humor ya los tenía.

De nuevo en el presente ficticio de este relato, Laszlo, de pie en medio de su dormitorio, confundido con la penumbra azulada que llena su pequeño apartamento a estas horas de la tarde noche, observa la pantalla brillante del teléfono de Nino. Una chica llamada Sandra está llamando y él no acaba de atreverse a descolgar. La chica aparece en una foto, guapa y sonriente. Debe de tener más o menos la edad de Laszlo, y le brillan los ojos marrón oscuro. La expresión de la cara, enmarcada por una abundante melena rojiza, parece feliz. Laszlo, claro está, no la conoce, no la ha visto nunca. Porque, como decíamos, el teléfono al que ella llama es de Nino, no suyo.

Con las prisas y el jaleo, con ese salir a la carrera del bar y echarse a la calle sin siquiera despedirse, el teléfono en el que el policía apuntaba ideas para sus escritos se había quedado sobre la barra junto con las monedas destinadas a pagar sus consumiciones. Laszlo tardó en darse cuenta, tras permanecer todavía un rato sentado en la misma posición, terminando su larguísimo café americano, tamaño bañera, y su primer impulso fue dejarlo allí. Avisar al camarero, “Ey jefe, que mi colega se ha dejado aquí su móvil”, salir a la calle con la satisfacción del buen ciudadano y tratar de olvidar todo ese episodio lo antes posible. Pensar en cuál sería el siguiente paso a dar, tal vez llamar a la gente de la editorial, inventarse alguna excusa, tratar de convencerles para concertar otra entrevista, decirles cualquier cosa, que había sido padre de octillizos, que su bloque de pisos había sufrido una invasión de hiedra venenosa alienígena, que efectivamente era un agente secreto en misión Salvar la Humanidad. Y sin embargo, miraba el teléfono (uno de esos enormes smartphones que uno no sabe muy bien si se usan para hablar o como frisbee) y la conversación con Nino, su entusiasmo infantil al hablar de poesía, lo extraño y fortuito del encuentro, el dejar la puerta abierta a nuevas posibilidades futuras, despertaban su curiosidad y excitaban su imaginación. Y la imaginación siempre había sido para Laszlo, como lo era en realidad para tantos, casi un mundo paralelo a ese gris en el que vivía y compraba y se lavaba los dientes, así que la oportunidad era demasiado golosa. Se dio cuenta de que en realidad quería leer aquellas notas, comprobar si, como sospechaba, los apuntes de Nino el Poli-Poeta eran un petardo, y regocijarse así en un tibia y patética venganza, ya que durante toda la mañana había sido incapaz de plantar cara a la autoridad como siempre se había prometido a sí mismo que haría. Con un gesto rápido, bajó del taburete, cogió el móvil y lo introdujo en el bolsillo de la chaqueta. Nadie pareció advertir su salida del local.

“¿Por qué no coges el teléfono, inútil?” pregunta Sandra al aire alrededor. Pero da igual lo alto que chille, da igual que se ponga a gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Nadie le oirá igualmente. Lo sabe porque ya lo ha intentado. ¿Y por qué no?, os preguntaréis. Porque no hay nadie que pueda escucharle.

Porque al despertar de su letargo, cuando, horas después de su encuentro con Ivo, ha recuperado la consciencia, se ha encontrado, confusa y cansada, en lo más alto de un alto edificio en un barrio desconocido de la ciudad, recorrido por amplias avenidas y circunvalaciones.

La cosa fue más o menos como sigue:

Primero hubo algo parecido a un sueño. En él, Sandra se encontraba en un cruce de caminos de tierra, cerca de un río cuyo discurrir podía escuchar, pero no ver. A su alrededor niebla y árboles altos. Tonos azulados en un momento intermedio entre el día y la noche. Nunca había estado allí, sin embargo conocía el lugar según la lógica autoexplicativa de los sueños. Páginas leídas tiempo atrás se dibujaron ante ella: Robert Johnson haciendo pactos con el diablo para conseguir tocar un blues que nadie nunca fue capaz de imitar. Suicidas enterrados en encrucijadas como aquella para confundir el rumbo de su espíritu. Historias de miedo contadas bajo sábanas en noches frías que recuerda como las más felices de su infancia. El miedo mezclado con la excitación, como la primera vez que un chico la vio desnuda, o besó a su mejor amiga o se coló en el metro o fumó un cigarrillo. Caminando a través de la niebla, aparece una figura, un hombre alto que avanza y retrocede, avanza y retrocede, subido a un monociclo. Va vestido con un chaqué que se ve elegante pero probablemente ha vivido épocas mejores. Las faldas del chaqué tapan parte de la rueda, que gira torpemente, crujiendo en medio del silencio, del frío, del correr de la corriente. El hombre avanza a marchas forzadas por el camino, siempre a punto de caer. Gasta barba larga y rubia y piel muy blanca y sobre sus ojos parece pesar una sombra. Pasa de largo y a su paso va dejando un tembloroso reguero de sangre. Una brisa helada recorre el paisaje.

Sandra abrió los ojos, boqueando como un pez fuera del agua, y se encontró a sí misma estirada cuan larga era sobre un suelo de terrazo oscuro. Frente a ella sólo el cielo que empezaba a oscurecer, llamando a la noche de lejos. Se incorporó lentamente, y el viento fuerte se encargó de removerle el pelo en todas direcciones, lo que en una melena como la suya suponía algo parecido a observar una hoguera enloquecida de color rojo oscuro. Tras hacerse un moño, y darse cuenta de que le dolía todo el cuerpo, trató de averiguar dónde diablos estaba. Se levantó y llegó con pasos lentos e indecisos a la balaustrada que delimitaba la azotea.

Al mirar alrededor desde allí, se dió cuenta en primer lugar de que estaba muy por encima del nivel del suelo, unas catorce o quince plantas así a ojo. Lo segundo fue confirmar que no conocía aquella parte de la ciudad. Flashes de sueño y realidad le atravesaban la cabeza como rayos láser, como relámpagos de imagen y sonido, brillos, colores, sensación de ingravidez, sangre en la boca, plumas blancas, mujeres hermosas, ojos de cuervo, pedaleos, sonrisas, gritos, formas indefinidas, mecanismos imposibles. Se agarró con fuerza a la balaustrada, sumida en un vértigo repentino, y respiró profundo, cerrando los ojos. Los abrió de nuevo, y miró a lo lejos. Tal vez fuera a causa del entumecimiento generalizado, equivalente al que seguramente sintieran los pasajeros de un vuelo espacial que hubieran estado en estásis durante un viaje de 10 años luz, pero el paisaje que contemplaba le pareció hermoso, de la forma en que a veces lo son los parajes desolados, o los rincones de la ciudad que han sido limpiados de verdadera interacción humana, más allá de conducir y malvivir en edificios colmena. Desde aquella altura, con el sol casi escondiéndose, los coches allá abajo marcaban los flujos constantes del tráfico suburbano: los escasos conductores que llegaban a la ciudad, y un importante río de luces formado por todos los

trabajadores que marchaban a sus casas, repartidas por las afueras, por las ciudades limítrofes, por los pueblitos de alrededor. Las ventanas que se iban encendiendo en los bloques cercanos, hileras de cemento y cristal y aluminio, muy parecidos todos entre sí, que sólo se diferenciaban por algunas variaciones de color en las fachadas. Acumulaciones dispersas de vegetación en las laderas montañosas por las cuales se desperdigaban las distintas viviendas, urbanizaciones y espacios comerciales. El mar y los grandes mercantes. Humos multicolor, irisados por la luz cambiante de la tarde, que subían de las chimeneas, fábricas a lo lejos que continuaban expulsando vapores y llamaradas como motores prehistóricos ajenos a los ciclos del sueño y el trabajo, maquinaria impenitente y ciega. Mucho más allá, el centro de la ciudad, con su ajetreo imparable, y en algún lugar su casa, tan inaccesible que le pareció un país lejano.

Sandra observaba el panorama en cierta manera fascinada y desde lejos, como si lo que pasara ante sus ojos de alguna manera no fuese con ella, como si todavía estuviera soñando. Pero (probablemente) no lo estaba, y el viento seguía batiendo en sus oídos y no pensaba quedarse allí arriba para siempre. Lo primero era bajar al mundo, después ya pondría en orden sus pensamientos.

Se dio cuenta entonces de que no llevaba encima su mochila, y maldijo el día en que nació el primer mago y a toda la familia de Ivo Lûdicz. Se llevó al momento las manos a los bolsillos y comprobó que al menos su cartera, las llaves y el teléfono seguían en su sitio. Acto seguido miró a su alrededor y buscó la salida más cercana. Con paso ya más firme se acercó hasta una puerta que divisó a unos metros, al parecer la única manera de entrar y salir de aquella isla perdida. Casi no se sorprendió cuando al girar la manivela, la puerta ni siquiera se inmutó. Tiró, empujó, y ni caso. Decidió dar un par de vueltas más por el lugar, por si acaso encontraba alguna escalera de emergencia o un jetpack a lo James Bond, de esos que se colgaba a la espalda para salir volando de los sitios, pero no encontró ni una ni el otro. Al parecer, no había manera de bajar de aquel lugar. La noche no tardaría en llegar, y cada vez hacía más frío. Intentó no dejarse llevar por el pánico y no le salió muy bien, porque un segundo después estaba junto a la puerta, pegando gritos, pidiendo socorro a quien pudiera oírle y dando patadas y puñetazos con todas sus fuerzas al metal, que seguía mostrándose totalmente indiferente a sus ataques. Finalmente, con un gruñido de impotencia, desistió, y echó mano de su móvil nuevo, que todavía no había aprendido a utilizar del todo.

En lugar de llamar a emergencias, o a los bomberos, o a cualquier otro número público decidió llamar a su hermano, que más de una vez le había sacado de apuros. Tenía un carácter de mil demonios, pero ser policía le convertía en un contacto muy útil. Y hablar con él siempre resultaba tranquilizador, a pesar de todo. Esperaba recibir una bronca monumental, pero en aquel momento, lo único que le importaba era salir de allí.

Así que llamó y llamó, una, dos, tres, hasta cuatro veces. Su hermano no respondía, cosa rara en él, que vivía en permanente alerta, que desde que entró en el cuerpo (siempre le hacía mucha gracia esa expresión, le sugería metáforas sexuales o aquella película de "El Chip Prodigioso" en la que unos científicos se hacían pequeñitos y se introducían en el cuerpo de un tipo para hacerle vete a saber qué cosas) se tomaba tan en serio su trabajo que nadie hubiera dicho que en algún momento de su vida se pasaba el tiempo paseando y con la cabeza metida entre libros y olvidándose de comer y de ducharse y del mundo.

Al no recibir respuesta golpeó la puerta un par de veces más sin demasiado aplomo, buscó un lugar más o menos al abrigo del viento endiablado y decidió esperar unos minutos antes de llamar al servicio de emergencias. “Malditos hermanos, la murga que dan y luego qué, ¿eh? ¿Dónde están cuando una los necesita?”, pensó mientras se sentaba sobre el suelo, duro e incómodo y la noche se iba cerrando sobre ella, dispuesta a esperar. Antes de volver a guardar el teléfono en el bolsillo, sin embargo, observó un icono desconocido vibrando en un rincón de la pantalla. Un pequeño símbolo parecido a una cámara de cine. Supuso que sería un video, pero no recordaba haber grabado nada nunca con aquel teléfono. Claro que ese pensamiento quedó invalidado por el hecho de que no recordaba en realidad casi nada de las ocho o nueve horas previas, con lo cual bien podría haber grabado cualquier cosa (literalmente CUALQUIER COSA). Un tanto preocupada por lo que encontraría, presionó con el dedo aquel icono parpadeante.

El rostro de Ivo, con sus ojos de agujero negro y baquelita, asomó a la pantalla. Sandra apenas pudo ahogar un gemido de sorpresa.

“Hola Sandra. Seguramente lo último que recordarás es estar hablando conmigo sentados en un banco... Siento haber sido tan brusco, pero te mostrabas tan terca e insolente que no he encontrado otra manera de hacerte entrar en razón que hipnotizarte por sorpresa. Disculpa las maneras, pero a veces un mago tiene que hacer lo que tiene que hacer. Ahora, espera un momento, te enseñaré dónde estamos.” El ángulo de la cámara giró 180 grados y Sandra tardó todavía un poco en comprender que la luz tenue sobre el rostro de Ivo era la misma que iluminaba el cruce de caminos por el que acababa de pasearse en sueños. Y que la figura que permanecía de pie a unos metros del objetivo era ella misma, su melena, su ropa, sus rasgos. La boca se le secó del todo. Ivo volvió a ocupar entonces casi toda la superficie de la pantalla. *“En tus sueños me has hablado de pájaros, me has hablado de mapas, de nuevas perspectivas. Me has dicho que tienes miedo. Que los animales no tienen miedo y a veces te gustaría ser un animal. Me has contado también que antes montabas una flecha, que montada en ella podías llegar a cualquier parte. La gente hipnotizada no siempre se expresa del todo claro, pero eso me ha parecido entender. Te he traído aquí porque los magos sabemos de símbolos e imágenes, además de mover muy rápido los dedos. Te he traído aquí para que empieces a buscar. La magia no siempre es igual de efectiva, pero espero haberte sido útil. Si volvemos a encontrarnos, sigues invitada a un pretzel.”*

Sandra sujetaba el teléfono con tanta fuerza que los nudillos le estaban empezando a blanquear. Tomó aire. Tras sus párpados, conforme Ivo hablaba, más imágenes empezaban a aclararse. La sensación de haber andado los caminos y haber sido durante un día algo distinto, un ser humano nuevo, rendirse, completamente absorta en cada detalle a medida que iba caminando, como si todo volviera a empezar, como si nunca hubiera visto las calles a las que estaba tan acostumbrada, fue llegando a ella gota a gota. Empezó a recordar cómo buscaba el río. Cómo al mismo tiempo, la ciudad se volcaba sobre ella. Cómo se desdobló en dos tiempos y dos espacios, alejados pero simultáneos. Los árboles y el frío, el rechinar lejano de una rueda. Los vagabundeos, las voces, los olores. Un sentimiento de identificación con cada cosa que le rodeaba la invadió. Y súbitamente, como en una epifanía, vio una imagen de su bicicleta, plateada como el lomo de un lobo siberiano, la que algún desaprensivo le robó un buen día. La visión de la corriente, llegar a

ella, quitarse los zapatos, mojarse los pies en el agua de deshielo. La niebla haciéndose cada vez más y más espesa. Y a lo lejos, entre los árboles, luces que venían hacia ella.

Volvió a mirar a su alrededor entonces, de nuevo en lo más alto del más alto edificio. Las farolas y los faros a lo lejos, los sonidos remotos del tráfico, cobraron de pronto un significado distinto al que tenían tan solo unos minutos antes. Se levantó y se acercó de nuevo al borde de la azotea. Al mirar de nuevo a la calle, entornando los ojos le pareció adivinar el brillo y la forma de su vieja bicicleta en la acera de enfrente, atada a una farola.

Demasiado aturdida para maldecir a quien fuera el nuevo propietario fraudulento de su vieja "Flecha", se echó a reír. Respiró de nuevo, profundamente, y se visualizó volviendo a casa, subida en la bici, recorriendo las desiertas avenidas nocturnas. Pero ya no le haría falta la bicicleta, porque en aquel mismo instante se estaba convirtiendo en una nueva clase de pájaro. Se imaginó viviendo siempre arriba, como los halcones, como las águilas, como los Dioses. Cuántas historias nuevas podría inventar desde aquella altura. Ella que tantas veces se había visto desbordada por lo hostil de la ciudad. Que tantas veces no sabía si quedarse o desaparecer. Le pareció ser capaz de atisbar el pasado y el futuro de todos aquellos lugares, y se complació incluso en las posibles ruinas a las que podrían quedar reducidos. Si realmente lo que acababa de vivir era cierto, si había ido y había vuelto de donde quiera que había estado, bien podría ser, a partir de entonces y si así se le antojaba, un ave de plumas blancas, sobrevolar el cielo tranquilo, y nada podría afectarle. Aspiró el aire frío de la noche, ya cerrada. Todo aquello no duraría más de unas horas, el tiempo que tardase en volver a la realidad, recuperar su bicicleta, si es que realmente era suya, irse a dormir, volver al día siguiente al ritmo habitual de los mercados. Pero poco le importaba entonces, aquel momento había sido suficiente. Y pensando que eso era todo, y que así estaba bien, volvió a marcar el número de su hermano.

"Joder, el cabrón es bueno, no me lo puedo creer", piensa Laszlo en ese instante, tirado en su cama, ajeno a las aventuras nocturnas de Sandra, escuchando un viejo disco de Bill Evans, tan cansado y a la vez ardiendo por ese nuevo descubrimiento que es incapaz de dormir.

Sorpresa mayúscula: le gusta lo que ha escrito Nino el policía, le gusta mucho. Le gusta su energía, su estilo descarnado. Imagina entonces, y en ese imaginar al escritor, imaginar un universo literario nuevo o ya gastado, hay en sí mil historias, o tal vez la única, la furia de la mitología muerta y renacida, la angustia, el fracaso, el éxito efímero, el escritor secreto, la manipulación genética de las palabras, la vida que se escapa, las letras apenas confesadas, ahí, en ese imaginar al escritor también hay literatura. Laszlo es joven y para muchas cosas es idiota perdido, pero esto lo sabe bien, y no tarda pues en ver a Nino desde una luz nueva, patrullando en su coche, horas y horas junto a su compañero de rondas, atravesando la noche silenciosa de la ciudad, observando, exponiéndose a accidentes, a cualquier suceso inesperado, sin saber nunca si volvería a casa sano y salvo. Sus frustraciones y miedos y obligaciones volcadas en notas que tal vez nadie fuera nunca a descubrir. Muchas referencias a una mujer concreta, o tal vez a muchas o a ninguna, quizás la idea del amor en sí, como palabra de saldo, la idea del amor representado, buscado pero necesariamente esquivo, la creación de esa mujer que nunca existió más que en escritos, garabateados

torpemente en el bloc de notas de un móvil que no había tardado ni diez minutos en perder, después de todo. “Nino tío, qué desastre, pero qué bien”, piensa al fin Laszlo.

Entiende entonces la pasión inocente de la conversación a la que prácticamente no atendió y se siente egoísta y ruin, por no haberle prestado más atención a aquel tipo que de pronto, sin comerlo ni beberlo, le estaba abriendo su mundo en canal en la barra de un bar. Algunos planes inconexos comienzan a dibujarse en su cabeza. Buscarle, editar sus páginas, convertirle en una puta estrella. A la mierda las multas, a la mierda las entrevistas de trabajo. A la mierda. Se siente como Napoleón, como el maldito Alejandro Magno de farra con Rimbaud. Desde su cama, prácticamente a oscuras salvo por la lámpara de su mesilla y la escasa luz que pueda generar la cabeza incandescente de un cigarrillo, desde su habitación del extrarradio, por cuya ventana, a pesar de la música, se cuelan los ruidos apagados del tráfico constante, muy abajo, empieza a idear una nueva estrategia de dominación mundial, las calles inundadas de letras, ¡los corazones ardiendo camarada! ¿Y qué si eso no le va a sacar de pobre? qué tiene eso que ver con escribir, y con vivir (días después, cuando se encuentre ante el antipático cajero automático de debajo de su casa maldiciendo al mundo y a Rupert Murdoch, no será tan optimista, pero eso sólo lo sabemos vosotros y yo, de momento, así que calladitos) y sigue hojeando las notas de Nino, volviendo de vez en cuando a un poema a medio estructurar que le ha parecido que brillaba con especial fuerza. Se levanta de la cama, copia algunos párrafos en su ordenador, mueve las caderas, quiere beber de nuevo, no hay manera de que aprenda, a pesar de que las resacas le duran hoy hasta tres días.

En ese momento, la cara de Sandra aparece de nuevo en la pantalla del teléfono. Tras el primer sobresalto, baja el volumen de la música, coge el aparato y deja que el timbre suene unas cuantas veces, sólo para poder apreciar un poco mejor lo bello de los rasgos de esa chica que no conoce pero que en medio del torbellino empieza a resultarle familiar. Con el subidón de adrenalina se había olvidado de ella y sus llamadas. La sonrisa que se dibuja en su cara le lleva imaginar extrañas conexiones, saltos cuánticos. Le dispara en todas direcciones. Constantemente imágenes, siempre las historias que cuentas y te cuentan, que no se sabe de dónde vienen ni a dónde van. Siente de pronto un deseo muy fuerte de hablar con esa persona, sea quien sea, mujer, prima, amiga, abogada, callista, pitonisa emisaria de la muerte. Encendido por el cansancio y la fuerza de las casualidades, decide actuar, como si estuviera a punto de asistir al épico colofón de una novelucha de aeropuerto. Convertirse de pronto en el protagonista de una de esas historias de Realismo Mágico que tanto detesta (“¿Quién se inventaría todo eso del realismo? ¿Qué significa siquiera tal palabra?” se pregunta a menudo). Tiene la sensación de que al haber leído los escritos de Nino, al haberse acercado la extrañeza y el poder de sus palabras, ha puesto ya un pie en su mundo, y que tiene cierto derecho a inmiscuirse en sus asuntos. La exaltación le ha quitado el miedo y las vergüenzas, así que va pa'lante.

Con un dedo tembloroso, aprieta el icono para descolgar, sin saber la que se le viene encima. Antes de que pueda decir siquiera “Hola”...

- ¡Joder! ¡Ya era hora! ¿Se puede saber qué narices estabas haciendo, pedazo de merluzo? ¿Para qué tienes móvil, vamos a ver? ¿Sabes la de veces que te he llamado? Escucha, me he metido en un asunto un poco raro, pero estoy bien. Necesito que...

- Espera espera, no soy...

- Déjame hablar Nino no te pongas en plan tú. Tienes que venir a buscarme. Es un poco raro, pero estoy encima de una azotea, no sé dónde, y no puedo bajar, y alguien tiene que venir a...- el tono de la chica es más firme que apremiante, podría llevarse por delante a cualquiera, pero hay en su voz una especie de firmeza suave, un cálido apretón de manos.

- Escucha, te digo que...

- ¿Qué pasa, estás de guardia? ¿Otra vez te han puesto a patrullar?

- Que no, es que...

- Oye, ¿qué le pasa a tu voz? Suenas muy raro.

- Sueno muy raro porque no soy Nino- consigue apuntar Laszlo finalmente, tratando de sonar amable.

- Ah...- una breve pausa, tras la cual el enfado empieza a tomar forma en la voz de Sandra. Laszlo puede oír el viento a través de la línea. Se pregunta si le estará llamando desde la montaña tal vez-. ¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Una bromita de las tuyas?

- No, escucha... Tengo el móvil de Nino por accidente. No soy él.

- ...- Pausa. Más viento. No saber muy bien por dónde empezar a explicar.

- Me llamo Laszlo.

- Vaya... Perdona. Perdona que te haya gritado tanto ¿Cómo has dicho que te llamas?

- Laszlo.

- Vale...- y de nuevo la firmeza, el ir cambiando las inflexiones vocales como quien cambia de marcha metido en un atasco, avance stop avance stop- ¿Y qué haces tú con el móvil de mi hermano?

- Es una larga historia.

- Pero ¿sabes dónde está?

- No tengo ni idea. Me he cruzado con él esta mañana. Estábamos hablando en un bar y se ha dejado el móvil en la barra.

- Eso no suena mucho a Nino... ¿No le habrás robado?- Sandra deja caer la pregunta con despreocupación, como quien habla de cualquier cosa con alguien a quien conoce bien.

- ¿Por qué te estaría contestando entonces?

- No sé, a lo mejor eres un poco imbécil.

- Eso no te lo discuto.

- ...- hay una nueva pausa. Laszlo sonrío imaginando a su interlocutora tomando aire, quizás llevándose los dedos a las sienes en gesto de recuperar la compostura-. Perdona, estoy un poco nerviosa.

- No es nada ¿Por qué no me dices qué te pasa? ¿Puedo ayudarte?

- No te preocupes, no quiero molestar. Llamaré a emergencias.

- No, no, escucha... Has dicho algo de una azotea - la mente de Laszlo, bastante cansada ya, vuelve a entrar en velocidad de crucero.

- No sé quién eres.

- Me llamo Laszlo, me he encontrado con tu hermano esta mañana- se detiene un momento, sopesando si explicarle la verdad o no-. En realidad he chocado con él, le he atropellado con la bici. Sin querer.

Al otro lado de la línea escucha una sonora carcajada. Tan sonora que tiene que apartar el teléfono de la oreja. La risa parece aliviar la tensión y la desconfianza que se perciben en la voz de la chica. Cuando retoma la conversación, su voz suena más cercana.

- Pues le ha debido de sentar como un tiro. No sé cómo no estás en la cárcel ahora mismo.

- Eso digo yo...- pero aquello parecía haber ocurrido mil años atrás, ahora sólo le importa el misterio que se abre ante él- ¿Dónde estás?

- No estoy segura, en algún lugar de las afueras, en un edificio muy alto.

- ¿No tienes manera de saber algo más? ¿Qué ves alrededor?

- Veo más edificios... Carreteras de circunvalación, laderas, coches, la ciudad a lo lejos.

- ¿Más o menos dónde queda la ciudad desde donde estás?

- Pues lejos... El mar queda a la izquierda, la montaña a la derecha.

- ¿Ves el mar?

- Puedo ver las luces de los barcos.

- ¿Cómo son esos edificios que ves?

- Son todos muy parecidos, sencillos. Ventanas pequeñas. Las fachadas son de tonos pastel.

Conforme escucha la voz de Sandra, se va acercando a la ventana de la habitación. Casi se le escapa la risa. Si todo esto estuviera pasando en un relato, amigos míos, nadie se lo creería. Suerte que a veces la realidad es mucho más increíble que cualquier cosa que uno pueda hacer pasar por verosímil sobre el papel.

- Y abajo pasan los coches que salen de la ciudad- continuó entonces él, descorriendo las cortinas, abriendo la ventana, dejándose refrescar por el viento del barrio, muy similar al mismo que escucha a través del auricular.

- Eso es.

- Acércate al borde de la azotea.

- Para qué.

- Tú acércate.

- Vale.

- Creo que puedo verte desde aquí.

- ¿Pero qué dices?

- Levanta el teléfono y saluda.

Y Sandra, incrédula nuevamente, levanta la mano que sostiene su móvil y lo agita como el náufrago que agita una bandera hecha con la poca ropa entera que le queda.

- Ahora mismo voy a buscarte. Espera ahí.

Mientras baja las escaleras a toda prisa, sin saber siquiera qué está haciendo (¿alguien lo sabe a ciencia cierta alguna vez, aparte de los estúpidos y los verdugos?), o cómo encontrará el camino hasta esa azotea, casi cayéndose en cada rellano, catorce pisos tropezando con los escalones, el corazón desbocado como el de un caballo tuerto, los versos a medio acabar de Nino atronan en su cabeza como un tambor de guerra:

*“Queman los antojos de la suerte
los papeles de las noches que inventé
y nada más entonces puede hacerse
que salir a explorar hasta agotarse
cada una de las calles nuevas
del ayer”*

Siente el ardor de lo desconocido golpeándole en la boca del estómago. Al salir a la calle, el frío le envuelve. Las farolas apenas dan luz y puede que tropiece.

Sin mirar hacia atrás, se lanza a la carrera.